

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

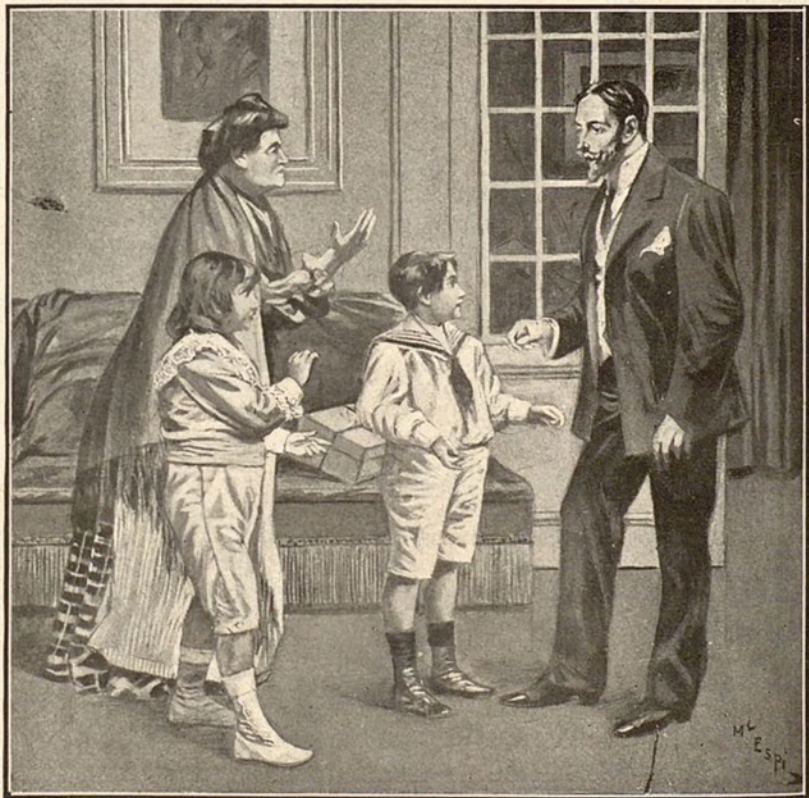


NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO IV

MADRID, 10 DE ENERO DE 1909

NÚMERO 54



LA MEDALLA

(CONCLUSIÓN)

El acto terminó con una corta y sentida plática, que, á guisa de epílogo, pronunció el señor obispo, y, en seguida, tribunal, alumnos é invitados entraron en una espaciosa clase, convertida en comedor.

En el salón quedaron solos Alvaro y Fernando, ambos preocupados y llorosos, pero por bien distintas causas. Alvaro, después de calmado el primer arrebato de ira, se puso de pie para salir, cuando un sollozo mal contenido le hizo fijarse en su compañero.

Ayuntamiento de Madrid

—¿Lloras? —le dijo.

—Sí.

—¿Lloras tú, con el primer premio? ¡Que lloro yo, que pierdo por no tenerle el mejor juguete de París! ¿Te enteras? ¡El mejor juguete de París! ¡Ah, pero ya me pagarán esta injusticia! No vuelvo más al colegio. Vamos, ¿qué te pasa? ¿No estás aún contento?

—Yo no lloro por lo que usted; lloro porque mi mamá no ha estado aquí para verme.

—¡Toma, tampoco la mía! Como que mañana viene de París. ¿También la tuya está fuera?

—No, señor, junto á la cama de mi hermanín, que está muy malito; ya ve usted si tengo razón para llorar.

—¡Ya se pondrá bueno!

—¡Ay, no! Por desgracia, no tiene calentura, no tiene al parecer nada, pero está muy malito; el médico dice que se salvaría con un extracto, con unas botellitas que dan fuerzas, que alimentan mucho, porque justamente lo que el pobrecito tiene es falta de eso mismo; pero ya ve usted, cuesta dinero, mucho dinero, lo menos diez duros, que con diez frasquitos dijo el médico que bastaba; pero mi madre no los tiene, el señor duque no está en España, y yo... ni puedo ni sé ganar más que esta medalla, que no me sirve para comprar las botellitas que le pondrían bueno.

—¿La cambiarías por dinero?

—¡Sí, con toda mi alma!

—Entonces... ¿Ha venido alguien contigo?

—Nadie.

—Ni conmigo; escucha: yo tengo unas moneditas que guardo; son muy lindas, de oro; vienes á mi casa, ¿sabes?, yo te doy las que te hagan falta y tú me dejas la medalla; cuando tenga el juguete de París, te la devuelvo; el dinero te lo regalo si no dices á nadie nada. ¿Quieres?

—Tome usted la medalla, y que Dios se lo premie.

—Aquí no, en la escalera; la criada me espera en la portería; vamos no sea que nos echen de menos y nos busquen...

Todo ello pasó en menos tiempo que se cuenta. Alvarito se negó rotundamente á ir al colegio con sus papás para dar las gracias al director; el juguete ya estaba conseguido, que era lo importante. ¡Y qué juguete! Un primor de mecánica, una maravilla; lo demás ya no le daba tanto cuidado. Trataron de vencer tan injustificada resistencia, y, al fin, lograron á medias la verdad, más bien comprendida que confesada.

¡Qué momento! Alvarito se dispuso á esperar el trueno gordo; pero grande fué su sorpresa al ver que su papá escribió una tarjeta, mandó llevar el juguete al despacho, encerrado en su gran caja, y que, dirigiéndose á él, le dijo solamente:

—Hijo mío, yo cumplo lo que prometo, pronto tendrás la prueba.

—¿Los señores de Zúñiga?

—Pasen ustedes por aquí.

Fernando y su madre ~~estaban~~ en el despacho donde esperaban los papás de Alvarito.

—¿Ustedes son la viuda de Peña y su hijo?

—Para servir á ustedes.

—¿Conoces esto?—dijo enseñando el Sr. Zúñiga á Fernando la famosa medalla.—¿Quién ha ganado este premio?

Fernando dudó un instante, pero al fin dijo resuelto:

—Yo.

—¿Entonces cómo la tiene ni hijo?

—Se la he vendido.

La madre de Fernando no volvía de su asombro; el niño siguió:

—Yo gané la medalla, Alvarito me ofreció dinero por ella, y yo, que lo necesitaba, lo tomé. No está bien hecho, pero ésta es la verdad

—¿Y usted, señora, no lo sabía?

—Se lo juro; él me dijo que ese dinero era el premio.

—¿Por qué mentiste, Fernando? ¿Por qué diste por dinero lo que con dinero no se compra? ¿En tan poco te estimas?

—Señor—dijo Fernando sofocado de pena,—¡porque mi hermanito se moría y sólo con dinero se compra la medicina que le salva; si he hecho mal, perdónenme ustedes!

Hubo un silencio en que cada cual dominó su emoción. El señor Zúñiga tocó un timbre, y Alvarito entró, quedándose confuso á la vista de su compañero.

—Entra, hijo mío, entra; ha llegado la hora de probarte cómo cumplo lo que ofrezco. Esto—dijo dando un sobre á Fernando—es para tu hermanito; aquí tienes para sus medicinas; la medalla—añadió poniéndosela en el pecho—es tuya, y justo es que la lleves, y como para el primer premio ofrecí el mejor juguete de París, aquí lo tienes.



Fernando tomó la caja, y preguntó temeroso:

—Señor, si yo le pido una cosa, ¿me la negará?

—Te concedo lo que quieras si está en mi mano.

—Permítame usted que le entregue el juguete á don Alvarito; no quiero que por mí lllore.

Los dos niños se abrazaron.

A Peña le llaman Fernando en el colegio, y es el inseparable de Alvarito. El chiquitín, bueno del todo ya, ha entrado también en el colegio, costeado por el Sr. Zúñiga, y cuando los amiguitos recuerdan lo pasado, uno y otro terminan diciendo siempre:

—¡Bendito sea el juguete de París!

FRANCISCO BARRAYCOA.



EL JABON

El jabón es el resultado de la combinación de un cuerpo graso, de origen vegetal ó animal, y de un álcali, potasa ó sosa.

Aunque no se encuentran vestigios de la existencia de este producto entre los griegos, no puede decirse otro tanto de los tiempos de Roma, pues Plinio el Viejo habla de un jabón que se usaba para teñir el pelo, y atribuye su invención á los galos. Claro es que ese jabón, compuesto de sebo y cenizas, en nada se parecía al que empleamos hoy, ni se utilizaba para la limpieza y blanqueo de la ropa, dado que—según el mismo autor—los romanos se servían para esto de la materia mucilaginoso que se desprende de la raíz y del tallo de la planta llamada saponaria, previamente triturada y machacada.

El arte de hacer jabón ha tropezado antes con verdaderas dificultades, pues como la química no estaba en el estado de adelanto en que hoy se encuentra, no se conocía la causa de una porción de tropiezos que en la fabricación ocurrían, y que ahora se salvan con toda sencillez, puesto que se conocen las diferencias que hay si se ponen en contacto tales cuerpos grasos con la sosa ó con la potasa.

Una de las cosas más principales es la elección de las materias grasas que han de emplearse, pues aunque son numerosas aquellas de que

puede echarse mano, contienen invariablemente tres principios diferentes, en proporciones distintas cada uno de ellos; estos principios se llaman *ácidos grasos*, y son: el ácido esteárico, el ácido margárico y el ácido oleico. Los dos primeros son sólidos en la temperatura ordinaria, mientras que el último es líquido. Importa, pues, saber de qué están compuestos los cuerpos grasos que han de usarse para poder fabricar jabones duros ó blandos, porque cuanto más ácido margárico y esteárico contengan, más duro será el jabón, mientras que si en la composición del cuerpo graso empleado abunda el ácido oleico, entonces el producto que se obtenga será blando.

Pero no es esto sólo, sino que también hay que tener muy presente la pureza y legitimidad de los cuerpos grasos, dado que si están falsificados, es distinta la proporción en que los ácidos grasos entran en ellos, y esto influirá de manera notable en la clase del jabón.

Por punto general, las operaciones á que esta industria da lugar son las siguientes (y pongo el caso en que quiera hacerse jabón con aceite de oliva): Se vierte en una caldera la lejía proporcionada al aceite de oliva que se quiere tratar, y después se echa ésta, procurando que no proceda de la primera presión dada á la aceituna, sino del que se obtiene exprimiendo el orujo, porque éste contiene mucha mayor cantidad de ácido esteárico; se calienta todo ello hasta la ebullición, y pronto pierde el aceite su transparencia, formándose una especie de emulsión blanca, que poco á poco va adquiriendo consistencia. Después hay que separar el agua que iba mezclada con la lejía, y esto se obtiene echando sobre la pasta formada otras lejías más fuertes, á las que se ha añadido sal; se revuelve todo con palas de madera, se cuece, y, cuando dichas lejías se han unido con el agua que la pasta contiene y por unos conductos á propósito se han eliminado de la caldera, se continúa echando lejías más débiles y moviendo la pasta, cada vez más compacta, hasta que, habiendo llegado ya al grado de consistencia deseable, se la deja reposar en la caldera, cuya temperatura se sostendrá para que no se solidifique aquélla, y los cuerpos extraños se irán al fondo, en donde formarán u a capa que puede utilizarse más tarde para hacer otros jabones de clase inferior.

En las grandes fábricas, en donde se opera en cantidades crecidas, se emplean calderas en donde pueden hacerse de una vez hasta 12.000 kilogramos de jabón. En estas calderas sólo el fondo es de cobre, mientras que las paredes son de ladrillo, cuyas juntas están unidas con cemento. El revestimiento exterior de las calderas ha de ser de hierro de gran consistencia, dado que tiene que resistir presiones enormes. El fuego no actúa más que sobre el cobre del fondo de la caldera, y el calor de las paredes de la misma tiene pocas variaciones, puesto que lo conservan por espacio de bastante tiempo los muros de ladrillo.

Los jabones finos de tocador se fabrican por análogo procedimiento, cuidando tan sólo de que los cuerpos grasos empleados y los ingredientes todos sean muy puros.

JUAN ANTON.



RELATOS DE CAZA

LA DE LA HIENA

Al ver Ibrahim que no se pasaba noche alguna sin que una hiena le arrebatara un corderillo ó una cabra de sus rebaños, determinó seguir el rastro del asqueroso animal para sorprenderle en su guarida y matarlo. A este fin se armó, no de buído puñal, ni certera carabina, ni corvo sable damasquino, sino de un pedazo de blanco lienzo y una cuerda, y con tales utensilios empezó á caminar en seguimiento de las aborrecidas huellas. Estaba amaneciendo. Tras las colinas orientales subía un resplandor rosáceo. El viento dormido apenas soliviantaba las hojas de las palmeras, y el rumor del Nilo, al romper impetuoso contra sus torcidas orillas, llegaba á los oídos del madrugador cazador como el eco de una lejana tronada.

Atento Ibrahim á las huellas de su enemigo, atravesó en pos de ellas una llanura llena de muelles hierbas y pintadas flores, salvó un estrecho y mezquino arroyuelo que apenas tenía fuerzas para abrirse camino entre los juncos, empezó á trepar por una empinada ladera y metióse al fin en el seno de una montaña, entre un laberinto de rocas, barrancos y malezas. A lo mejor las huellas desaparecían al llegar á un arroyo ó á un disforme peñasco; pero el cazador, sin desmayar en su empeño, pasaba el uno y rodeaba el otro hasta dar otra vez con ellas. De pronto, al dar la vuelta á una gigantesca roca, vió que ésta se unía con otra no menos grande, y que en el punto donde entrambas se juntaban abría

su boca una caverna. Allí estaba la guarida de la maldita hiena. Ibrahim entró inclinándose un poco y apartando las hierbas que sobre la entrada caían á manera de verde cortina. Acostumbrado el cazador al luminoso ambiente del campo, quedóse al pronto que no veía nada; pero habiendo tenido durante un rato los ojos cerrados vió cuando los abrió una tenue claridad, merced á la cual pudo distinguir un bulto, el de la hiena que huía hacia el fondo de su morada. Avanzó Ibrahim con el lienzo desplegado en el brazo izquierdo hasta que, acosada la bestia, le dió frente entrechocando furiosamente los dientes y flameándole en la obscuridad los relucientes ojos. Rápido como el rayo lanzóse Ibrahim sobre ella, lióle á la cabeza el blanco lienzo, y atándole la cuerda al hocico para que no le mordiera, tiró de ella con

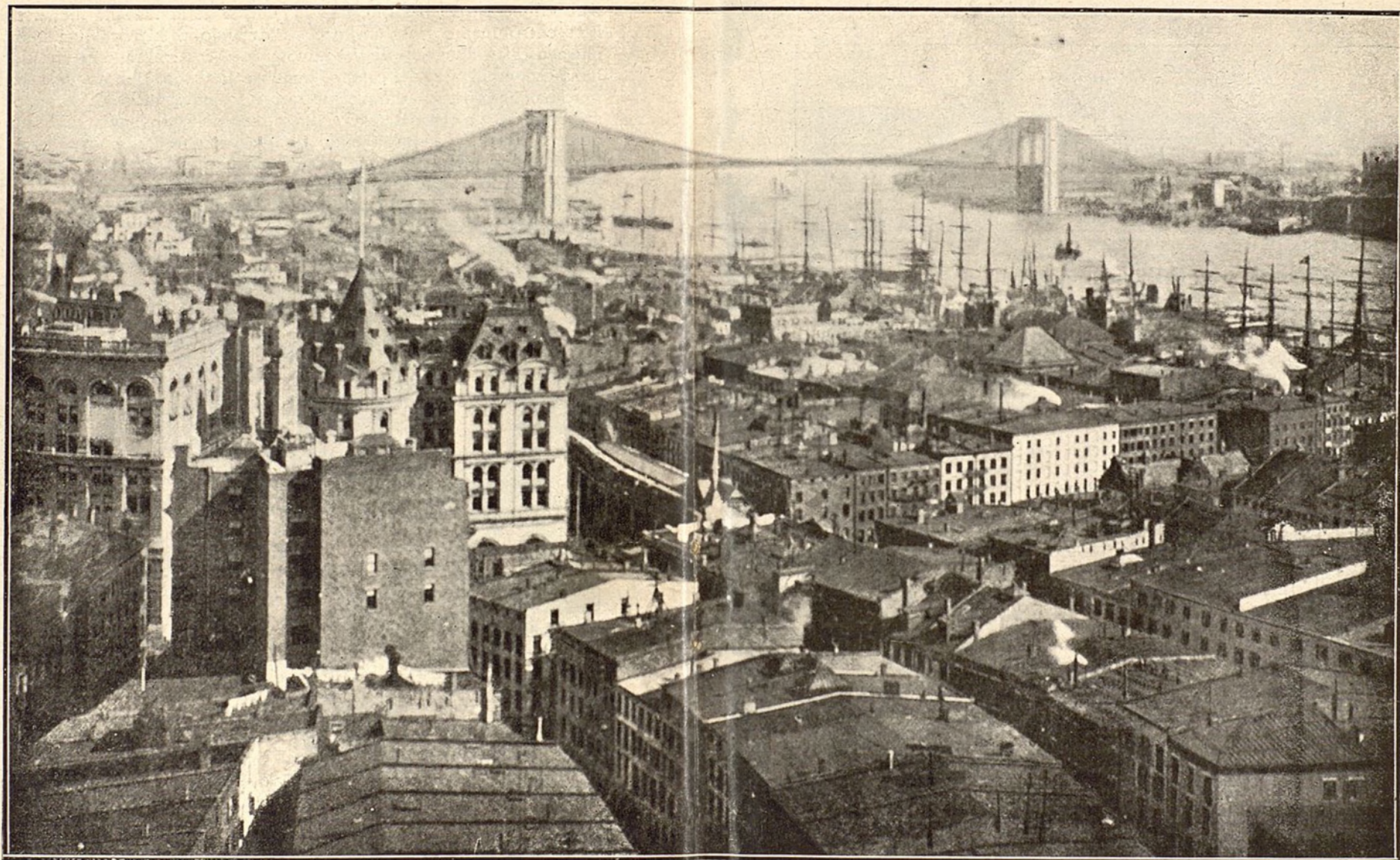


todas sus fuerzas y la sacó arrastrando de la caverna. ¡Tan valiente como es esta fea bestia con los corderillos y con las cabras, tan atrevida como es por la noche cuando merodea por los

cementerios al amparo de la obscuridad, y tan acobardada como se pone en cuanto cae en manos del hombre...! Ibrahim, al ver las crispaciones que erizaban su pardo y áspero pelaje, y al mirar los guiños que hacía con los asombradizos ojos, se rió de bonísima gana, y dijo mientras la arreaba á puntapiés y á estacazos:

—¡Hala, hacia el pueblo, perro del infierno! He de atarte junto al redil que asaltabas hasta que el hambre te mate. Porque tu inmundada sangre de cobarde bestia deshonor las armas que mancha...

José A. LUENGO.



EL PUENTE DE BROOKLYN EN NUEVA YORK

Puede calificarse de obra notabilísima de ingeniería el magnífico puente que une á Brooklyn con Nueva York, empezado en Enero del año 1878 y concluido en Mayo de 1883, y en cuya construcción se gastaron cerca de 75 millones. La longitud total del puente es de 2.000 metros, y el espacio central de torre á torre es de 540. Cada una de ellas está cimentada so-

bre potros de pino, á cuatro pies de profundidad por la parte de Brooklyn, y á 78 bajo el nivel del agua por la parte de Nueva York, y miden cerca de cinco metros de altura y 17 de ancho en la línea de flotación. El puente está suspendido por cuatro cables de acero de 20 centímetros de diámetro. Se calcula que por él pueden cruzarse diariamente 150.000 personas.

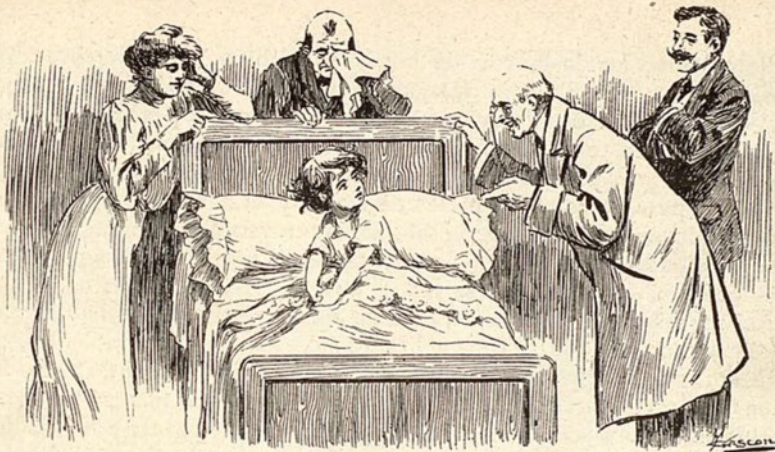
LA GOLONDRINA Y LA CHARCA



FÁBULA

Al ver una parlera golondrina
de feas manchas lleno su plumaje,
voló con rapidez en busca de agua
donde pudiera á su sabor lavarse.
El pueblo abandonó, salióse al campo,
y su vista extendió por el paisaje.
El sol, desde los picos de la sierra,
inundaba de luz el hondo valle.
Quietos estaban los nervudos pinos,
inmóviles los verdes cebadales,
tranquilas las rojizas amapolas
y cual muertos los grises olivares;
pero como la golondrina no buscaba
asombrosas bellezas naturales,
siguió volando sin fijarse en nada;
dejó tras ella el pintoresco valle,
y, sólo cuando vió cómo en el agua
quebraba el sol sus rayos rutilantes,
paróse, y exclamó piando alegre:
—¡Gracias, oh Dios! Al fin hallé un estanque...
Estaba la tal agua defendida
por zarzas espinosas y gigantes,
y, cual bruñido peto damasquino,
tembladores brillaban sus cristales.
La golondrina, loca de contento,
empezó á zambullirse á su talante;
pero cuando esperaba la cuitada
con sus ya limpias plumas pavonearse,
viólas cubiertas de negruzco lodo.
mucho más sucias que antes de bñirse.
Y es que el estanque de brillantes aguas
no era más que una charca deleznable,
pudridero de cuatro ruines juncos
y hervidero de larvas miserables.
—¡Quién creyera—exclamó la golondrina
mientras triste miraba su plumaje—
que hay en el mundo cenagosas charcas
que tanto se parecen á un estanque...!

ESOPILLA



LAS BONDADDES DE NINI

IX

Qué creerán ustedes que ocurrió? Cuando abrí los ojos estaba en la cama, y papá y mamá me estaban mirando, y además estaba allí el médico, que es un señor que se llama D. Manuel, y lleva gafas de oro, y estaban también los abuelitos; papá, mamá y los abuelos estaban llorando; el médico se echó á reír al verme.

—¡Hola!—dijo.—¡Muy bien, señorita; está muy bien! ¡Valiente papalina ha pescado su señoría! Lo mismo que cualquier carretero... ¡Fiese usted de las niñas bonitas!

—Mira, médico—le dije,—no me hagas burla y quitame un dolor de cabeza muy grande que tengo; además...

—¿Qué te ocurre?—preguntó D. Manuel, que se puso serio.

—Pues... no sé... que alguien se ha metido dentro de la cabeza... y me da golpes con un martillo... y me tapa los ojos, porque no te veo...

—¿Ves á los abuelitos?—me dijo.

—No... no sé... veo cosas negras... y encarnadas... y todavía baila todo como el otro día... ¡Ay...! ¡Que no baile...!

Entré en un palacio, todo de nubes azules y de color de rosa, y llenitas de estrellas doradas, y había brillantes por las paredes y armarios como el del abuelito, aquel que llama vitrina... sino que estaban llenos de zapatillas viejas. También había muchas cabezas rodando por el suelo como si fuesen pelotas, y muchas niñas jugaban con ellas... También vi á niños chiquititos vestidos como mi otro abuelín, y estaban jugando al *diábolo*... sino que en vez del carrete eran brazos y piernas... Eché á correr de aquella habitación y entré en otra... Esta estaba llena por el techo, y por el suelo, y por las tapias, de pinchos

y tijeras como las de la caja de papá, y también había muchas cajas iguales... iguales... llenitas de agua, y dentro se ahogaban muchos gatitos negros como el mío, y que tenían colgados del pescuezo un cartel que decía en todos *Morabito*... Estaba decidida á ver entero aquel palacio tan raro, y me entré por una puerta en que estaban colgados á secar el tapete de casa, las pieles de mamá y el batín de papá... todo chorreando agua... En aquella sala había, en vez de lámpara, la sillita dorada colgada del techo... y de cada pata caía un chorro de agua, pero agua con luz, porque parecía luz eléctrica... Miré alrededor, y me asusté muchísimo, y empecé á temblar de un modo atroz; había muchísimas camas en fila, y todas ellas tenían, en vez de almohadas, un *eacharro* igualito que el que puse yo en la del abuelito, y en todas las camas había un abuelito que se conoce que, al ir á dormir, se les había metido la cabeza dentro de *aquello*... y no la podían sacar por más que tiraban de ello y pataleaban. Yo me eché á llorar, y me escapé de allí; corriendo... corriendo... corriendo... llegué á una cocina grandísima, en la que había infinidad de criados; pero todos estaban bailando con la cabeza en el suelo y los pies en el aire, y había filas de pucheros y cacerolas que tenían boca como las personas, y se reían á carcajadas... ríe que ríe... ríe que ríe... y al verme á mí daban unas carcajadas a ríces.

Me encontraba muy mal en aquella cocina... sí, señor... porque todas las planchas que había vinieron corriendo y se me pusieron encima del pecho, y me ahogaban... ¡ay, cómo me ahogaban...! Empecé á gritar: «¡Papá...! ¡mamá...!» Pero en aquel palacio no debía haber papás ni mamás... ¡Ay, qué miedo me dió al ver que no me oía nadie...! De pronto vi salir hacia mí unos bichos muy grandes... muy grandes... y muy feos... muy feos... que me querían comer... ¡Dios mío...! ¡Socorro...! ¡papá...! ¡mamá...!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





DIBUJO QUE REPRESENTA LA ENTRADA Y TOMA DE TÚNEZ

ESPAÑOLES ILUSTRES

D. HERNANDO DE ALARCON

Fué general de la Infantería española y sucesor del heroico caballero que tomó la villa de Alarcón en tiempo de Alfonso IX. Quiso su padre, D. Diego Ruiz de Alarcón, dedicarlo á las letras; mas como desde niño manifestó siempre inclinación á las armas, su tío, Pedro Alarcón, capitán ilustre, lo llevó á la guerra de Granada cuando contaba diez y seis años.

Vió la toma de Alhama, Loja y Coín, y peleó por primera vez en Guéjar, mereciendo, como Antonio de Leyva, los elogios del conde de Tendilla, general en jefe.

Sus dotes de mando llegaron á oídos del Gran Capitán, quien, dándole cien jinetes, lo trasladó á Nápoles. Enorgullecido por el honor que se le había hecho, no cesó de dar pruebas de que lo merecía en la batalla de Seminara, en la campaña de Terranova y en el sitio de Cefalonia. Sant Jorge cayó en su poder; Mr. de Alegre, que deseaba pelear con él, fué derrotado, y al conde de Melito lo destruyó por completo.

Lució sus talentos en Garellano y en la defensa de Gricé, y por todos estos hechos recibió del Rey, por mano de Gonzalo de Córdoba, el título de «señor».

Hecha la paz, estuvo en Taranto y en Nápoles, en donde se dedicó á pistas, torneos y aventuras amorosas, siendo una de ellas tan sonada,

que por orden del Rey volvió á España, no saliendo hasta que otra vez se declaró la guerra en Italia.

Quiso romper el sitio puesto por los franceses á la plaza de Rávena, tomando una posición ventajosa, desde la que cortaba los víveres al enemigo, y hubiera logrado aniquilarle si Pedro Navarro, el primer ingeniero militar, no le aconsejara que presentase la batalla, error que nos costó perderla; en ella, gravemente herido, se sostuvo contra el desorden de sus huestes, y luchando solo cayó prisionero.

En Pavía mandó la vanguardia, y á su escuadrón y arcabuceros se debió la prisión del Rey de Francia, desastre que atemorizó al mundo. Allí perdió su caballo; pero defendiéndose como un león, sus tropas tuvieron tiempo de salvarle del peligro de ser arrollado y de la muerte. Terminado el combate, el Consejo de Guerra le concedió la custodia del Monarca, por estar Leyva enfermo y ser él el capitán de más autoridad de la nación española, á la que se debía tan gran victoria.

Francisco I, no perdonando medio para conseguir la libertad, quiso sobornarlo; mas él lo rechazó, diciendo: «No quiera Dios que estas canas, nacidas en servicio de mi Rey, las manche yo con afrenta mía por todo el oro del mundo.»

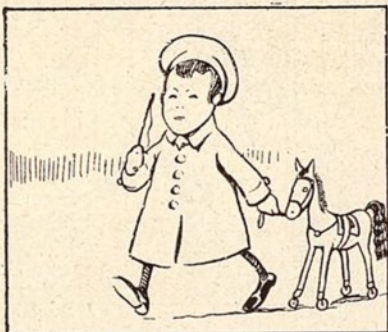
Otra de sus grandes acciones fué la defensa que hizo de la persona del Papa Clemente VII. Por la doblada conducta que seguía con el Emperador, había merecido que las tropas españolas cayeran sobre Roma y le hicieran prisionero. Saqueada la ciudad, algunos soldados quisieron matarlo; Alarcón, que estaba en su guarda, les salió al encuentro, gritando: «S. M. me ha dado la guarda de la persona del Papa, y nadie le hará atropello sin pasar antes por mi cadáver»; al oír esto de un jefe á quien querían mucho, se fueron retirando, desistiendo de su propósito.

Donde la fama de este capitán llega á lo más alto, es en la guerra de Africa. Barbarroja, corsario turco, había invadido las costas y destronado al Rey de Túnez; y Carlos V, queriendo restablecer la justicia y quitar tan mala vecindad de las del Sur de España, pasó el Estrecho con numeroso ejército, que dirigió personalmente, y le declaró la guerra. Por generalísimo llevó á Alarcón, al que llamaba padre, y á sus consejos debió el triunfo de la Goleta, tenida por inexpugnable, y la campaña victoriosa que realizó contra el caudillo oriental y sus 80.000 infantes y 20.000 jinetes. Esta fué una de las más gloriosas empresas del Emperador, y la que valió á Alarcón el virreinato de Sicilia y el título de marqués de Valle-Siciliano.

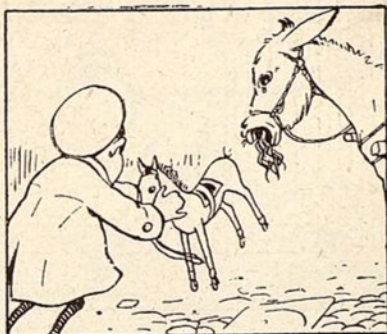
Concluída la campaña, suplicó al Rey le permitiera retirarse á descansar en sus dominios de Castilnovo, en donde, atacado de una grave enfermedad, falleció el 17 de Enero de 1580. Fué, después de Antonio de Leyva, el más ilustre general de Carlos V, quien lo respetó y distinguió siempre.

ENRIQUE PACHECO DE LEYVA.

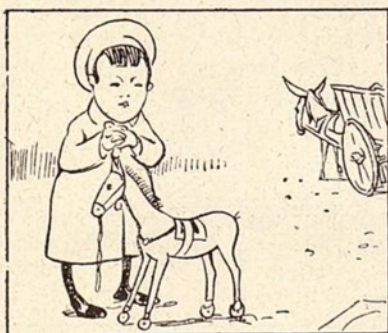
LA COLA DE LA «TATA»



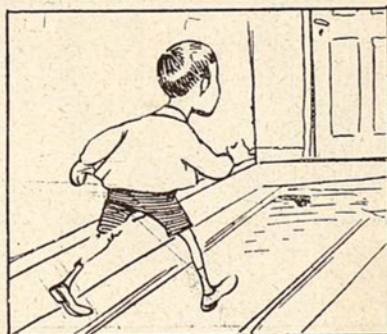
Juanito volvía de paseo muy contento con su caballo el último día de año pasado...



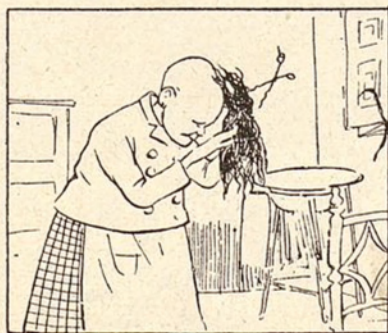
Cuando un burro que pasaba, al verle, abrió la boca y ¡zas!, se le comió la cola...



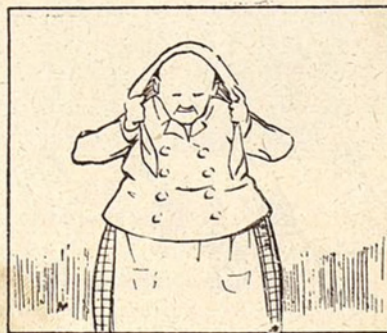
Mientras el burro se alejaba, miraba Juanito lo feo que se quedó su descolado corcel.



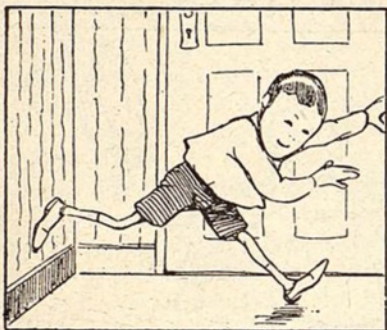
Al día siguiente se encaminó al cuarto de la tata; le pediría de aguinaldo otro caballo con hermosas crines.



Al mirar por la cerradura vió que la tata se quitaba una magnífica peluca... ¡Oh, qué idea...!



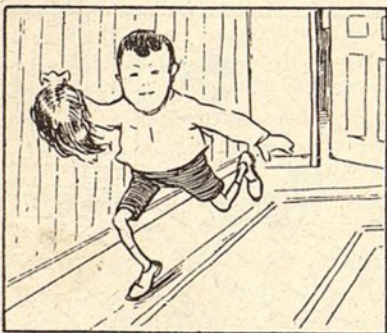
Se puso un pañuelo á la cabeza y cogió las tenacillas de rizar el pelo... dejando la peluca en una silla...



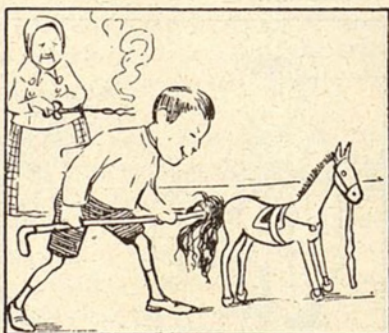
Viendo que se dirigía á la puerta corrió á ocultarse en un rincón para que no notara que la había visto.



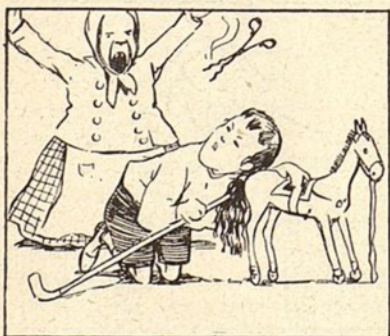
Y al tiempo en que ella salía, entró Juanito en su cuarto con la rapidez de un chico que corre...



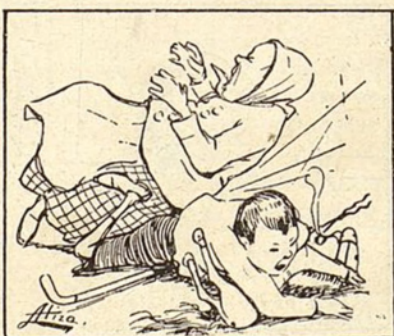
Antes de un minuto salía triunfante con el peluquín en la mano, y salió corriendo como un gamo.



Muy contento colocaba con un bastón la cola, cuando apareció la lata, que acababa de perder su peluca.



Al reconocerla, y viendo el uso que de ella se hacía, lanzó un grito agudísimo.



Juanito, asustado, dió un respingo, y la lata tropezando con sus pies perdió el equilibrio.